

NACHO MONTES

¿nada que ponerte?

*Todos los secretos
de la moda para
estar **chic** y **elegante**
a cualquier hora, a
cualquier edad y en
cualquier ocasión*



*A mi madre, que sigue siendo guía para mi padre,
mis hermanos, mis sobrinas y yo. Siempre.*

A Justin, que siempre va a ser y estar.

PROEMIO

Siempre he viajado de mundo en mundo desde un rincón tranquilo, mirando por una ventana más allá de las copas de unos árboles o de la esquina de una calle. Desde muy pequeño me gustaba observar a la gente: su ropa, su imagen, su piel... gritaban sus anhelos, sus lenguajes, sus culturas y hasta sus barrios. Me fascinaba sentarme en la calle o asomarme a la ventana para ver cómo se vestían. «¿Qué hace este niño siempre en la ventana?». Lo habré oído miles de veces en casa.

Entonces ni siquiera sabía que todo eso estaba relacionado con una industria que se llamaba moda. La moda. Eso que todo lo envuelve, que a veces parece distante e inaccesible pero que va más allá de lo inalcanzable. Porque moda no solo es el lujo, ni eso que unos dictan para que solo otros pocos elegidos compren y se vistan. Moda es todo lo que llevamos, lo que nos envuelve, lo que nos define. Por qué elegimos una u otra cosa, un material u otro, este color o aquel.

Tiempo después comprendí que no era casual que la moda reflejase en las pasarelas aquello que otros habían llevado por una necesidad climatológica, laboral, física... o que esa misma moda fuese un estandarte, un grito, un reclamo. Un día Coco Chanel decidió vestirse con pantalones

porque quería gritar libertades e igualdades y el mundo criticó, calló y acabó aceptando. Comprendí entonces que las ropas, los pelos, los maquillajes reflejaban a las personas, a veces sin que fuesen conscientes de todo, y también los momentos sociales e históricos que vivían. Y me di cuenta de que la moda no es más que un espejo que refleja la vida. Es una bandera, una tapia inmaculada, como un lienzo vivo, donde pintar los pensamientos propios para que otros los puedan leer y valorar.

Recuerdo tardes sentado, callado, un «moco» escrutando a mi madre maquillarse, peinarse o vestirse para cualquier reunión social. Viendo cómo sobre la cama extendía vestidos que después iba probándose. Descubrir cómo se ponía un largo u otro, un color u otro y un tacón de vértigo o no, dependiendo de si la cita era de tarde o de noche, festiva o habitual. Si el bolso era pequeño y coqueto o grande y práctico. Recuerdo a mi madre taconear sobre el parqué impoluto de nuestra casa familiar, atravesar el *hall* y salir de casa dejando en el aire, como el perfume, «su moda».

Comprendí entonces que la moda tenía también que ser distinta en cada uno. Porque no todas las madres de mis amigos eran iguales. Unas eran delgadas, otras gordas, las había muy flacuchas y también muy pechugonas, rubias, morenas, elegantes, ordinarias... Imaginé a la madre de mi amigo Lope, alta, grande, gorda y peluda como un oso polar, embutida en los vestiditos de la madre de mi amigo Felipe, que era lánguida y cursi como las flores escarchadas del escaparate de aquella antigua bombonería de París. Me entraba la risa imaginando cómo una reventaría las costuras al meterse en el vestido de la otra. Soñaba que eso sucedía en uno de esos cumpleaños infantiles en los que las madres se acalaban para recoger a sus niños en la casa del homenajeado. Y sucedió.

Eran solo veinte minutos lo que duraba aquel encuentro entre ellas, pero todas elegían a conciencia su indumentaria y su peinado. Eso, eso que hacían estudiadamente para gritar sin abrir la boca lo que era cada una, significaba MODA. Aquella tarde la matriarca Lope se descosía, no solo en las costuras de su minivestido, incapaz de sujetar tanta carne, y las madres se observaban, risueñas, mientras los niños estallaban en carcajadas y se revolcaban por el suelo gritando: «La gorda ha explotado, la gorda ha explotado». El oso que había dentro de ella había salido por su garganta en un rugido que enmudeció a todo el barrio.

—Querida, esto nos puede pasar a todas, no te sofiques —susurró la mujer lánguida mientras envolvía a la otra con su abrigo, intentando tapar las insultantes estrías que la explosión había abierto en aquel vestido de otra talla.

Me di cuenta enseguida de que la moda era como un guante. Si sabemos escogerlo y amoldarlo a nuestra mano no perderemos la libertad y el movimiento de los dedos. Si ella se hace con nosotros, si nos oprime y condiciona, las manos perderán su utilidad y quedaremos mancos e inertes ante lo que nos rodea.

1

SOMOS LO QUE SOMOS

Llegó y todos miraron. Todos.

—Lo siento, había tráfico —exclamó doña Clotilde.

Pero aquellas mujeres, envueltas en sedas y embebidas en su champán rosado, seguían mirando sin piedad. Sonreían como máscaras venecianas, histriónicas, frías, desalmadas. Cuchicheaban, murmuraban, se carcajeaban con afectados gestos de superioridad. El reloj del salón de baile parecía haberse detenido de golpe. Entre la escrutadora multitud surgió la anfitriona. Horror. Frente a frente, la fiesta ahora muda, la invitada se vio como reflejada en un espejo de agua. La anfitriona parecía flotar, exquisita, con su vestido cóctel estampado en oros y malvas. El mismo vestido, a este lado del espejo, apretaba las lorzcas de doña Clotilde, la desafiante y observada invitada. En una, las flores de la gasa se mostraban frescas y perfumadas. En la otra se habían convertido en deformes amebas descompuestas en una charca estancada. Una respiraba. La otra agonizaba.

ay una pregunta común en casi todas las consultas que me han hecho en mi vida profesional mujeres de todos los ámbitos y de todas las edades: «¿Qué me pongo para...?». A menudo, no somos conscientes de que vestirse no es lanzarse al cuerpo lo primero que encontramos en un armario, aunque a priori esté aceptado en la etiqueta del lugar al que vamos. Ni tampoco es embutirnos en un atuendo carísimo que hemos estado buscando durante meses y que nos hemos empeñado en ponernos porque alguien nos dijo que era perfecto para nosotros. Es obvio que el mismo vestido no puede envolver todas las pieles, ni todos los cuerpos, ni todas las personalidades.

Un mismo atuendo puede encumbrar a una mujer y hundir a otra en un mismo evento. Si a veces ya es un drama llegar a un sitio y que la de enfrente lleve el mismo modelito que una ha estado buscando durante meses, imaginad lo que implica que encima a esa mujer le quede como un guante y a nosotras... como un guante de fregar. Eso es exactamente lo que sienten miles de mujeres en todo el mundo en muchos momentos de su vida: el fracaso de su imagen. Y este solo se debe a una falta de identidad, no al cuerpo con el que hemos nacido, ni al lugar donde lo hicimos, ni siquiera a nuestros genes, nuestra economía o nuestra edad.

Quién no ha llegado a un lugar y se ha mirado en los espejos del baño espantándose de su propia imagen. ¿Por qué no me puse eso otro que había pensado? ¿Por qué fulana está tan peinada y natural y yo parezco una mujer arrastrada por un pajar? ¿Por qué con ese vestido mengana parece una escultura y yo un botijo rechoncho recuerdo de Talavera? ¿Por qué ellas muestran sus uñas perfectas abrazando sus copas y yo escondo las mías porque parece que me las ha mordido la perra mientras me echaba la siesta en el huerto?

Es muy común hacernos todo tipo de preguntas y no encontrar las respuestas acertadas. Y si pensamos un poco, no es tan complicado, basta con que nos detengamos unos minutos a entender que la moda no solo es lo que nos dictan otros, no es una imposición, ni un sacrificio, ni siquiera es un lujo, salvo que queramos que sea un lujo. La moda es todo aquello que nos hace diferentes, lo que nos identifica ante los demás. Somos lo que somos, siempre. Somos el escaparate de nosotros mismos, nuestra propia agencia de prensa, nuestro cartel publicitario... Por eso debemos vestirnos, envolvernos, potenciarnos y nunca disfrazarnos.

¿Qué debemos hacer para definir nuestro estilo y configurar nuestro armario básico sin renunciar a lo que somos, física y socialmente? Primer paso, ponernos delante del espejo e imaginar. Vamos a ir bordando lo que queremos ser.

Es importante saber situarnos porque de ello dependerá esa moda que será nuestra segunda piel, nuestro sello. No podemos vestir igual si tenemos un físico u otro. Pero tampoco si vivimos en un lugar u otro del mundo, si somos laboralmente una u otra cosa. Nada es mejor ni peor, es lo que es. Pero es necesario saber reconocer lo que somos. Lo que somos físicamente. Lo que hacemos en la vida. Lo que nos rodea...

Es un error común llegar a una tienda para comprar aquello que vimos en una revista en el cuerpo de aquella actriz de moda. ¿Si ella mide 1,80 y nosotras 1,62 debemos empeñarnos en cortar el vestido pero comprarlo a toda costa? Si lo hacemos, el vestido dejará de tener su sentido original. O ese abrigo divino que llevaba mi amiga Cuqui y que se compró en la tienda más *in* de la ciudad. Pero ella pesa 47 kilos y yo 75. ¿Es necesario amenazar la salud ocular de todos los viandantes porque nuestros botones están a punto de explotar y salir disparados? Y qué decir de esas veces en que nos empeñamos en vestirnos como empresarias aguerridas de Nueva York aunque vivamos en Villarrubias del Castillo y tengamos una empresa de hortalizas; esto sería exactamente igual que si la primera dama de un país fuese a un Parlamento con unas botas de campo, un mono de pana y una guadaña en la mano.

Huelga decir que una mujer puede vestirse como quiera sin dejarse condicionar por el ambiente en el que se mueve habitualmente. En una cena de gala, en una ciudad cualquiera, la primera dama y la empresaria de hortalizas podrían ir igual vestidas, por supuesto, pero porque se han acomodado a este lugar, a lo correcto, al protocolo. Lo ideal aquí sería que sus personalidades las diferenciaran. No significa que la primera dama deba ir de un modisto francés y la empresaria de hortalizas vestida de tergal. Pero sí que la primera respete su *look* sobrio de mujer de ajenas

responsabilidades y la segunda no olvide su perfume visual de mujer emprendedora y comprometida con la ecología y su propia tierra. Ambas pueden estar chic en sus muy distintos ámbitos sin traicionar su esencia. De eso se trata la moda. De potenciar sin perder esencias.

Le había dicho su vecina que existían unas botas muy tendencia que se llevaban para todo, incluso para vestir, porque tenían mucho tacón. Doña Clotilde, avanzada donde las haya, se las embutió como con mantequilla porque era de gemelo generoso y las acompañó de un vestido corto de vuelo para ir a una boda de mañana. ¿Por qué a algunas invitadas se les corrió el eyeliner al verla llegar? Es la risa que provoca el esperpento. Para colmo, como hacía sol, se puso un pamelón de plumas como aquel divino que se calzó con no mucho atino la infanta Elena en la boda de su prima. No veía a los invitados, ni ellos veían al resto de comensales con tanto vuelo y tanta pluma, pero estaba tan espectacular...

Error. No todo lo que vemos y nos gusta es apropiado para nosotros por mucho que nos empeñemos. Recordad que seguimos delante del espejo. Después abriremos el armario. De momento reconozcámonos.

Esto es lo que veo

Pensar en nuestro cuerpo, en nuestro físico. La moda debe disimular lo que no nos gusta y potenciar nuestras cualidades. Si tenemos unas piernas de escándalo, por qué potenciar unos ojos miopes. O si tenemos unos ojos de ensueño, por qué empeñarnos en meternos con mantequilla aquellas botas de moda; si lo hacemos, nadie nos mirará a los ojos y se los perderán. Debemos saber analizar cada parte de nuestro cuerpo. Cabeza, tronco y extremidades, como en una clase de anatomía.

Empecemos por la cabeza

Es importante en la moda saber qué colores van mejor con nuestro tono de cabello y piel. Por lo general, si somos rubias nos sentarán mucho mejor los colores pastel y los fríos: azules, morados, lilas, verdes agua, blancos, tizas, garbanzos, cremas, vainillas, lavandas, rosas... A las morenas les sientan mejor los oscuros (negros, plomos, azules tinta...) y los colores potentes y cálidos (rojos, naranjas, verdes intensos, fucsias...). En la moda vale todo mientras nos siente bien.

Hay colores que deberíamos desterrar del armario si no estamos muy convencidos de su efectividad (como el marrón); lo importante es probarse y observar el resultado de ciertos colores sobre nuestro rostro; si nos apagan, ¿por qué usarlos? No porque sea verano o invierno debemos ceñirnos a unos u otros colores. El uso del color dependerá también del día, del estado de ánimo, del lugar al que acudimos. Todos recordamos a aquella vecina fisgona que se presentó en el entierro del presidente de la comunidad vestida de rojo. ¿Creía que iba a una fiesta parisina de can-

caneo? Quizá era la amante dolida y quería gritar que tenía el corazón herido y sangrante. Esto también es la moda: lo que dice por nosotros sin que abramos la boca. Y quién no ha coincidido alguna vez en una boda con una invitada de blanco. Esas mujeres sin alma que intentan robar a la novia hasta la virginidad. Error imperdonable. A veces generalizar es errar, así que yo lo haré dando por hecho que cada persona es un mundo y que lo importante es mirarse, valorarse y después apreciarse. A lo mejor somos rubias y nos damos cuenta de que el rojo nos queda igual de bien que a una morena. Pues perfecto: usémoslo.

Sigamos por el tronco. Pechos y cinturas

Uno de los principales problemas que se encuentran las mujeres cuando deben elegir su vestuario es *el pecho*. Históricamente el busto femenino ha marcado las tendencias de la moda. Es bueno que sepamos lo que tenemos y qué escotes nos sientan mejor. «¡Palabra de honor que no se me cae!», eso parece que gritan algunas mujeres cuando se embuten en esos escotes corazón que la moda tildó en su día como palabra de honor. «No lo jures, antes de que se te caiga te explotará la pechuga» parece decir nuestro interlocutor en un cóctel de sociedad donde pocas veces los hombres miran a los ojos a una mujer si esta lleva un escote palabra de honor. Todo vale en la moda, todo, mientras no nos ridiculice.

Si tenemos un pecho como la estanquera de *Amarcord*, es decir desmesurado, la recomendación sería no llevar un escote corazón. Obvio. Si tenemos poco pecho, tampoco. Esto es como un encaje de bolillos; basta con ir probando delante del espejo aquellas cosas que sobre nosotros guardan cierta armonía. Es muy común ver a mujeres

en galas, entregas de premios e incluso bodas, pinzarse los picos que hace ese escote corazón y tirar hacia arriba, mientras en sus caras se dibuja un «Uff, por los pelos». No hay nada más ordinario que ese gesto, y eso implica que la elección del escote ha sido incorrecta. Si durante una velada debemos estar acomodando el vestido a nuestro cuerpo porque tiene vida propia y nos incomoda, es más que evidente que hemos elegido mal.

Cuando se tiene mucho pecho es perfecto el escote en V. Si se tiene poco, el escote lencero con tirantes o un escote caja sería lo más adecuado. Si la espalda es grande, un escotazo bañera con bandó sería muy recomendable, como hizo la mujer de Alberto de Mónaco con el Armani que llevó el día de su boda. Y si tenemos buenos brazos y escote regular, pues un *halter* (brazos al aire y tirantes al cuello, rodeándolo) es la opción perfecta.

Otro capítulo son *las cinturas*. Hay algo peligroso en este apartado, porque lo que mejor sienta cuando una mujer tiene poca cintura es marcarla un poco en vez de ponerse blusones sueltos que lo único que hacen es multiplicar la generosidad del volumen corporal. Pero digo que es peligroso porque cuando recomiendas eso te encuentras a veces con mujeres que se han cinchado las cinturas como si fueran redondos de ternera mechados para meter al horno. Marcar no implica ese sello a fuego que llevan las reses en el campo. En este caso marcar es bordear algo para acotarlo y que el efecto visual no lo haga más grande de lo que ya es. Si la cintura es excesivamente estrecha, también es bueno acotarla y marcarla, pero con fajines anchos que resalten caderas y busto para conseguir un conjunto más homogéneo.

